

“Ya hacía falta un recurso así para una problemática tan real y relevante en hogares hispanos. Lamentablemente nadie está preparado para conocer y caminar cuando un hijo enfrenta o está perdiendo la batalla en el diseño divino de sexualidad. Agradezco a Dios por la vida de Steve, amigo y colega, a quien Dios tuvo por fiel para caminar eso en casa y le dio la gracia para ver a Dios ser Dios en esa área, comunicando en este libro la esperanza y perspectivas útiles (ya que son bíblicas) para amar, servir y ver la redención de Dios en una situación cada vez más común en nuestros días”. —KIKE TORRES, Pastor, Horizonte Querétaro, Querétaro, México

“Steve Ham nos presenta una respuesta bíblica que es firme y amorosa pero sobre todo, que se centra en Cristo, su santidad y su gloria. Si la iglesia de los días del apóstol Pablo tenía una esperanza para aquellos en pecado sexual, aún la tiene hoy día. Confío en el Señor que este libro será de ayuda para muchas familias, líderes y pastores para volverse a enfocar en “el poder de Dios para la salvación” (Romanos 1:16) como respuesta no solamente al pecado homosexual, sino a todo pecado y el evangelio de nuestro Señor Jesucristo”. —JOE OWEN, Director del Ministerio Latino, Respuestas en Génesis

La Atracción Hacia el Mismo Sexo y el Evangelio

Una historia personal de la transformación en Cristo

Steve Ham

Todos los derechos reservados. Sin permiso escrito por parte de los editores, ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni procesada en forma alguna o por medio alguno, ya sea de manera electrónica o mecánica, ni por medio de ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información masiva, excepto para citas breves en reseñas. Todas las solicitudes deben ser enviadas a Editorial Bautista Independiente.

Las citas bíblicas fueron tomadas de la Reina-Valera 1960[®] © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Usado con permiso.

© 2018
EB-501
ISBN 978-1-944839-30-7

Editorial Bautista Independiente
3417 Kenilworth Blvd
Sebring, FL 33870

www.ebi-bmm.org
(863) 382-6350

Printed in the USA

Contenido

Prefacio.....	iv
1: Y Esto Eráis Algunos	1
2: Llámalo Por su Nombre.....	16
3: Construir Confianza sobre Verdades Objetivas	39
4: Génesis, el Hombre y la Mujer.....	56
5: Dirección para la Distinción de Género.....	78
6: Ayúdenos, Si Puede.....	97
7: El Orgullo y la Paternidad.....	122
8: Confianza en el Evangelio	142
9: Salir del Armario y Volver a Casa	166
Un Nuevo Salir.....	191
Bibliografía.....	194

Prefacio

En el verano del 2001, Ann y yo tuvimos la oportunidad de tener un estudio bíblico con el hermano de una amiga, la cual juntamente con su marido son una pareja muy cercana a nosotros. El joven inició el encuentro y programamos reuniones en nuestro hogar una vez a la semana para estudiar juntos el libro de Romanos, el cual le interesaba a él conocer más. Ann y yo estábamos casados apenas un año y medio, y vimos la oportunidad evangelística como una respuesta a nuestra oración. Lo que pasa es que los amigos nuestros, aunque bien queridos, eran y siguen siendo católicos y sin evidencia de conocer al Señor. Ann y yo hemos orado por ellos por muchos años y se puede imaginar el gozo que tuvimos cuando recibimos la petición del hermano de la amiga.

Después que pasaron dos estudios, el joven dejó de venir y cortó toda comunicación. Nosotros estábamos bien preocupados por él y a la vez preocupados de que le habíamos hecho alguna falta u ofensa. No estábamos seguros y al cabo de un tiempo inquirimos de él con nuestros amigos. Nuestra amiga nos contó que su hermano estaba bien desencantado con nosotros y que no podía entender cómo podíamos llamarnos cristianos. Lo que pasó fue que en la segunda reunión estudiamos el segundo capítulo de Romanos y le expliqué que la homosexualidad es un pecado sexual e incluido en la descripción del corazón depravado del hombre que hace el apóstol Pablo, por el cual requiere arrepentimiento. Sin saber que el joven se identificaba como gay, proseguimos a explicar lo que dice la Palabra acerca del pecado de la homosexualidad. Ese día perdimos una oportunidad evangelística y una oportunidad de formar una amistad con aquel joven, aunque gracias al Señor seguimos siendo amigos de la pareja. El joven ha seguido en su manera de vivir y aun ha contratado un matrimonio gay. Reflexionando en lo que ocurrió en esa ocasión puedo apreciar más lo que escribe Steve Ham en este libro y siento mucho no haber tenido este recurso en ese entonces.

Cuando leí las primeras páginas, me di cuenta de que la situación que experimentamos Ann y yo era y sigue siendo común entre los cristianos del siglo XXI. En el caso de Steve fue algo particularmente inquietante porque fue su propio hijo, Dave, que sentía atracción hacia el mismo sexo. Me vi yo lidiando con aquel joven de la misma manera que Steve se vio lidiando con su situación cotidiana. Y me temo que nuestra mutua reacción es la obstinación por defecto de muchos cristianos hoy día—pudiera ser la misma reacción que usted ha tenido o tendría ante una situación similar. Sin embargo,

Peter, el pastor juvenil que intervino en la situación de Steve y Dave, explica cómo Juan 1:14 es el punto de partida. Jesucristo vino no solo lleno de verdad, sino “de gracia y de verdad”. Peter observa que la verdad no es lo único que se necesita en situaciones que involucran una atracción hacia el mismo sexo, o como en el caso de Ann y yo con aquel joven, de una persona que se identifica como gay. Sino que necesitamos ser saturados de la gracia de Dios para el largo camino que se espera en estas situaciones.

El libro está lleno de emoción pura y cruda, porque no solamente nos cuenta el proceso de consejo bíblico de una vida que deja la atracción hacia el mismo sexo, sino también es una conversación entre un padre y un hijo que se aman y que aman al Señor. Sin embargo, es refrescante ver en nuestra era un libro que se mantenga firme en lo que dice la Biblia acerca de la homosexualidad. Steve no le cede el paso al pecado. Él presenta la realidad del homosexualismo sin transigir la Palabra de Dios ni titubear en sus convicciones. Sin embargo, vemos un proceso crudo y verdadero en la consejería bíblica especialmente cuando Dave nos cuenta que su primer paso fue buscar en la escrituras maneras que justificarían la atracción hacia el mismo sexo. Pero lo alentador fue que él por sí mismo buscó la escrituras. La Palabra de Dios comenzó su efecto en el corazón de Dave. Steve nos explica que la confianza entre él y su hijo comenzó a forjarse por medio de la verdad objetiva de la Palabra de Dios.

Lo completo de este libro es la verdadera exposición en lo que es virilidad y feminidad bíblica y una dirección basada en la Palabra de Dios en la distinción de los géneros sexuales. La humanidad fue creada a la imagen de Dios y esa realidad es acompañada con el hecho de que la humanidad fue creada hombre y mujer (Génesis 1:26-28). Steve declara esta plena verdad y muestra en el capítulo 6 cómo estas verdades han sido ofuscadas por la psicología moderna y, en ciertos círculos, por el cristianismo occidental que por razones de relevancia cultural han aceptado el pensamiento posmoderno que al homosexualismo no se le puede llamar pecado. No es así en este libro y vemos cómo el consejo bíblico, firme en la Palabra de Dios, facilita una transformación en el pecador. ¿Por qué? Porque es la gracia de Dios obrando por medio del poder del evangelio lo que trae convicción de pecado y transformación en el corazón del pecador. La gracia de Dios obrando por medio de la Palabra de Dios es donde ocurre la renovación de la mente, como nos dice Romanos 12:2. La esperanza para el que tiene atracción hacia el mismo sexo no se encuentra en terapia psicológica sino en el poder del evangelio.

En la última parte de este libro el desafío para el cristiano es bien definido y agudo. Steve nos ayuda a identificar lo que es ser un padre bíblico—un padre que reconoce primeramente que él es un pecador. La verdad no se puede declarar sin la gracia de Dios porque toda persona—sin excepción alguna— es un pecador que necesita la gracia de Dios y el poder del evangelio para reconocer su pecado y volverse al Señor. Esto tiene consecuencias gran-

des para la iglesia del Señor también. Como dice Steve, el que se declara “yo soy gay” requiere de la iglesia una respuesta que se interesa por el corazón de un pecador. La iglesia —y el cristiano en particular— debe siempre tener como su guía la persona de Cristo Jesús. Es Cristo por medio del poder del evangelio que abrió los ojos de Dave y convirtió su corazón. Es Cristo por medio del poder del evangelio que ablandó el corazón de Steve y lo formó como un padre capaz de guiar a su hijo y toda su familia en los caminos del Señor. Es Cristo por medio del poder del evangelio que nos hace entender que el evangelio es más que una herramienta de evangelización. Es el fundamento del discipulado y el consejo bíblico que efectúa cambios verdaderos en la vida diaria de aquel que es aconsejado.

Es Cristo por medio del poder del evangelio que nos muestra lo frágil e inútil que somos y cuánto necesitamos de la gracia de Dios para vivir en santidad como debe la que debe existir en la iglesia de Cristo.

Quizás algún día el Señor nos conceda a Ann y a mí la oportunidad de hablar de nuevo con el joven que conocimos en el 2001. En ese día, yo espero poder expresarle cuánto yo siento haberme expresado de la manera en que lo hice en ese entonces; poder pedirle que me perdone por enfocarme solamente en el pecado y no preocuparme por el corazón de este pecador; poder decirle que aunque la Palabra de Dios no ha cambiado y la homosexualidad sigue siendo una ofensa a un Dios santo, cuánto yo sigo amando a este joven y mi deseo es que la gracia de Dios lo alcance y el poder del evangelio abra su corazón y produzca arrepentimiento. Yo espero poder decirle que Cristo lo ama y que yo lo amo también. Quizás ese día nunca llegue, sin embargo, me gozo porque la verdad del evangelio de Cristo sigue obrando en mi corazón, y lo que Steve, Dave y Peter han expresado en este libro es evidencia de que hay esperanza en la persona de Jesucristo.

David Casas, PhD.
Presidente
Colegio Bíblico Berea

Capítulo 1

Y Esto Eráis Algunos

Decir que estábamos preocupados es decir poco. Habíamos notado algunos cambios muy perceptibles en nuestro hijo, David. De algún modo había desarrollado algunos comportamientos que nos llevaban a sospechar que algo estaba mal. La manera en la que hablaba, su postura, su rechazo a la idea de cortarse el cabello, y su tendencia a que sus pares fueran muchachas, estaban alertando a mi esposa (Trish) y a mí en gran manera. Era evidente que mi hijo, *mi* hijo, podía estar luchando con cuestiones de género y posiblemente también de su sexualidad. Esto no podía ser verdad.

El Llamado

Durante los meses del verano de 2010, después de que David hubiera vuelto de un campamento, llamé a Peter, el pastor de jóvenes de nuestra iglesia. Al mismo tiempo, Peter estaba organizando su propia reunión con David y pensando cómo conversar conmigo. Estaba muy preocupado sobre esta conversación y oraba sobre cómo abordar el tema. Mi reputación me precedía. Era conocido como la clase de hombre que tiene en claro el blanco y el negro, lo correcto y lo errado. ¿Cómo podría este hombre que a cualquier precio priorizaba la verdad y la autoridad, tratar con la noticia, y cómo reaccionaría en relación con su hijo?

Llamé a Peter después de descubrir que él ya le había pedido a David que se encontraran. Quería saber por qué. Yo también estaba muy preocupado.

En este momento debe estarse preguntando por qué simplemente no hablé con David directamente. La respuesta es simple: Tendría que haberlo hecho, pero no lo hice por mi propio pecado. Mi preocupación al mirar a David no se relacionaba con lo que estaba pasando en su vida, estaba más preocupado por cómo sus acciones dañaban mi imagen. Él estaba actuando de una manera que a mí no me agradaba y podía llevar a que las personas cuestionaran mi capacidad como padre. Así que, mis discusiones con David tendían a ser pequeños comentarios que mostraban mi desagrado y con los

cuales solo esperaba que se cambiara su comportamiento superficial y visible. Creo que el apóstol Pablo llamaría a esto “provocar a ira” (Efesios 6:4).

La homosexualidad es pecado. Esto era claro en nuestro hogar, y David lo sabía. Entonces, ¿por qué estaba actuando de tal manera que se pudiera poner en duda su sexualidad? ¿Por qué no tuviera la suficiente hombría para comportarse como el hijo que debía ser? ¿No se lo había enseñado con suficiente claridad?

Mi llamada a Peter desencadenó mi peor pesadilla. De hecho, David le había revelado a uno de sus amigos cercanos del campamento que estaba luchando con la atracción hacia el mismo sexo. Sabiamente, este amigo se lo había dicho a Peter, quien ya sospechaba que había un problema, y Peter me lo comunicó a mí. Durante el trascurso de estos eventos, David también se acercó a mí para contarme su lucha. Aunque yo ya sospechaba que estaba batallando con la atracción hacia el mismo sexo, de todas maneras, estaba en *shock*. Si no hubiera sido por la gracia de Dios, un amigo y pastor amoroso y un hijo que me perdonó, este hubiera sido el momento en que todo se hubiera echado a perder.

Las Leyes de Nuestra Propia Tierra

Tiene que ser honesto al hacerse esta pregunta: Si su hijo o hija estuviera luchando con la atracción hacia el mismo sexo, o aun si estuviera involucrado en actividades homosexuales, ¿cuál sería su reacción? Si está leyendo este libro porque quiere que quede claro que la homosexualidad es pecado, solo debe leer el capítulo dos. Ese capítulo le dará algunos puntos para argumentar y seguir adelante. Aun puede evitarse el trabajo de leer ese capítulo si realiza una búsqueda de palabras relacionadas con la *homosexualidad* en la Biblia. Si lee los textos de las Escrituras sin excusas descubrirá que queda bien claro que la homosexualidad es pecado; caso cerrado (Génesis 18:20; 19:5; Levítico 18:22; 20:13; Romanos 1:26-27; 1 Timoteo 1:10; 1 Corintios 6:9-10). La Palabra de Dios es clara, y ahora tiene todo lo que necesita para establecer las leyes en su propia tierra (su hogar).

Como padres, somos buenos para transmitir el mensaje de que algo “está mal”. Los pastores y maestros muchas veces enfatizan lo mismo en relación a la cultura y el mundo en el cual vivimos. El tema del comportamiento homosexual o “casamiento” entre personas del mismo sexo muchas veces encabeza esta lista. Y aunque sin duda debemos estar al tanto de las influencias culturales que nos rodean (y a nuestros hijos) todos los días, las reacciones despectivas son demasiado prominentes. Son nuestros hijos quienes ven esas reacciones, y son esas reacciones las que pueden determinar la motivación de su hijo al hablar abiertamente con usted sobre su problema, si lo tiene.

En Romanos 5:16-17, el apóstol Pablo escribe:

Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.

Hay dos aspectos evidentes en Romanos 5. Por un lado, está la condenación en el mundo por Adán. El pecado reina y lo vemos todos los días en las noticias, en los medios de comunicación y a nuestro alrededor. No nos debería sorprender, sin embargo, demasiadas veces caemos en la tentación de hablar solo de aquello que despreciamos y nos indigna. Ahora considere que su hijo o hija adolescente oye que en la iglesia o en otro evento cristiano se repiten esos mismos comentarios. Oyen a menudo y con claridad que este o aquel pecado es horrible y repugnante. Puede ser que oigan con frecuencia que es por esos fracasos morales que la sociedad está en un descenso empinado y constante. ¿Qué pasa si uno de esos jóvenes necesita acercarse para decirle que está siendo tentado por este pecado “repugnante” en su propia vida? ¿Cuál es la reacción que probablemente esperará de usted? ¿Nuestros hijos verán accesibilidad o condenación en nuestras actitudes?

El otro lado de la moneda de Romanos 5 es la esperanza. En un hombre, Adán, fuimos condenados, pero en un hombre, Jesús, encontramos la esperanza de la salvación. Romanos 5 nos ayuda a entender que, por lo menos a los cristianos, no nos debería sorprender que el mundo sea pecaminoso. La naturaleza pecaminosa que nos rodea se extiende a toda la humanidad. Es en este punto donde muchos hijos verán más a menudo que sus padres cristianos los están apuntando con el dedo. Sin embargo, ¿cuántas veces oyen nuestros hijos en la misma frase que nos impacta que Dios haya derramado su gracia a través de la fe en Cristo como respuesta a nuestros problemas? ¿Cuántas veces señalamos a la cruz en comparación con la corrupción? ¿Y cuán seguido oyen nuestros hijos compasión por los perdidos en vez de desprecio por los condenados? La verdad más asombrosa es que Cristo vino a un mundo perdido para salvar a los pecadores. Esto me incluye a mí y lo incluye a usted.

Nuestro hogar es sagrado. Queremos protegerlo de la seducción del mundo, lo cual es perfectamente comprensible. En nuestra lucha por combatir las filosofías paganas manifiestas en nuestros días, es muy tentador desarrollar una cultura parental basada en la ley. Al hacerlo, fácilmente podemos imponer la ley en nuestra propia tierra tan exhaustivamente que no quede espacio para la gracia. Debemos tener la misma actitud que el apóstol Pablo:

Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo (1 Corintios 15:10).

Antes de su conversión, Pablo era perseguidor de la iglesia. ¿Cómo se lo podría incluir entre los apóstoles y darle la tarea de predicar el evangelio? La respuesta es la gracia. En 1 Corintios 15, Pablo les recuerda a los corintios el mismo mensaje del evangelio. Debe de haber sido increíble para él, sabiendo que una vez había sido un fariseo responsable por el cumplimiento de la ley, y que por eso, había perseguido a Cristo. Todo había cambiado para Pablo. Por la gracia de Dios, estaba trabajando incansablemente por el evangelio procurando la salvación de los perdidos. Pablo no solo había tenido su propio encuentro con el evangelio de la gracia, sino que ahora se consideraba recipiente de la gracia en cada situación. Si queremos desarrollar una cultura parental basada en la gracia, es aquí que debemos comenzar. Los padres creyentes deben recordar constantemente que son recipientes de la gracia.

La gracia del evangelio es el elemento central de una buena predicación bíblica, y estoy agradecido por poder sentarme bajo la enseñanza de un pastor que enfatiza esta verdad. Desafortunadamente, hay muchos púlpitos en los cuales el énfasis más fuerte, a la vista de los fracasos de la cultura, es el llamado a la moralidad. Estar bajo tal influencia puede impactar el ambiente de nuestros hogares muy fácilmente, produciendo una mentalidad que promueve “la ley de nuestra propia tierra”. En su libro *Why Johnny Can't Preach*, T. David Gordon explora un análisis del púlpito moderno y sus problemas para alcanzar a las personas de manera eficaz. Sugiere que un aspecto primordial es cuántos pastores se concentran en una predicación “moralista”. Esto se define como el consejo moral (haz el bien, sé bueno) que no procede de un contexto redentor. En cuanto al deber del pastor de ver que las personas vengan a la fe y crezcan en ella, Gordon señala que “la fe no se construye uniéndose a las guerras culturales y criticando lo que está mal en nuestra cultura. La fe se construye a través de la exposición cuidadosa y detallada de la persona, el carácter y la obra de Cristo”.¹

La cuestión ante nosotros es evaluar si nuestros hogares se han transformado en púlpitos moralistas. Es importante hacerse esta pregunta, particularmente a la luz de cómo nuestros hijos percibirán nuestras reacciones cuando se enfrenten con sus propias tentaciones y pecados morales. Gordon aun dice: “Tal moralismo es tan común en los púlpitos norteamericanos que cuando en una conversación casual un individuo intenta corregir el comportamiento de otro, no es inusual oír la respuesta: ‘¿Así que me vas a predicar ahora?’ Las personas han llegado a asociar la predicación con el mejoramiento moral (o reprimenda moral); no asocian la predicación con la proclamación de la suficiencia de la persona de Cristo y su obra para salvar perpetuamente a aquellos que vienen a Dios a través de él”.²

¿Cómo es el ambiente en su hogar? ¿Es de condenación moral o de proclamación del evangelio? ¿Pueden sus hijos acercarse a usted con las verda-

1 T. David Gordon, *Why Johnny Can't Preach: The Media Shaped the Messengers* (New Jersey: P&R Publishing, 2009), 76.

2 Ibid. 80, cita Hebreos 7:25.

deras tentaciones y el pecado en su vida? ¿Verá su hijo que su preocupación principal es la exaltación de Cristo y su evangelio y que esto guía sus palabras y acciones? Puede ser que su hijo o hija nunca aborde el tema de la atracción hacia el mismo sexo, pero no por eso disminuye la necesidad de que su hogar sea un ambiente centrado en Cristo y en el evangelio. Debemos alejarnos de “las leyes de nuestra tierra” para representar el reino de Cristo. Su reino está construido por la gracia.

El Pecado es Común a Todos

Cuando Pablo escribía a los corintios, se dirigía a una iglesia que estaba impregnada de problemas pecaminosos. Entre otras cosas, había asuntos de inmoralidad sexual, litigios en materia civil, idolatría, orgullo y avaricia. Pablo es un gran ejemplo de cómo un representante del reino de Cristo debería responder ante tal pecado. En 1 Corintios 10:6-13, les da una lección sobre la historia de Israel para explicar el pecado en el contexto de Cristo:

Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron. Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar. Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y cayeron en un día veintitrés mil. Ni tentemos al Señor, como también algunos de ellos le tentaron, y perecieron por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga. No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.

Quizás ya haya notado que Pablo de hecho señala que el pecado tiene su castigo. Por supuesto, es un error seguir en la inmoralidad sexual, las quejas, la idolatría o probar a Cristo. No subestimemos la advertencia en este pasaje, más bien, observémosla más de cerca. En el versículo 4, Pablo primero explica que es Cristo quien estaba presente con los israelitas en el desierto: “y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo”. También señala que fue Cristo a quien los israelitas probaron.

Considerando que Pablo está hablando a una iglesia que es predominantemente gentil, es importante notar que tanto Israel en el desierto como los gentiles tienen el mismo Salvador, y ambos pecan contra el mismo Dios. Hay una continuidad explícita entre Israel y la iglesia de Corinto en este sentido, y el factor que los une es Cristo. Las consecuencias del pecado de

Israel son una advertencia para la iglesia de Corinto, la cual estaba viviendo en un momento crucial. No podían tomar el pecado de manera leve, y si lo hacían, poco tiempo después vendría la caída. Habiendo establecido esto, Pablo hace una sorprendente declaración: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea *humana*” (1 Corintios 10:13, énfasis añadido).

Corinto recibe la misma advertencia porque está en la misma situación. Cristo es el mismo, el pecado continúa teniendo las mismas consecuencias, y la iglesia enfrenta los mismos patrones pecaminosos. En lugar de mirar la inmoralidad sexual de los israelitas con indignación o aun decir que “obtuvieron lo que merecían”, Pablo nos recuerda que aquello que los tentó a ellos a pecar también nos tienta a nosotros. Ser tentado es humano, y aquello que nos ha sobrepasado a todos en diferentes momentos de nuestra vida, es común a todos. Pablo continúa mostrando que todo el pueblo de Dios también tiene el mismo Salvador, ya sea a través de los sacrificios de los animales que apuntaban hacia él como en el cumplimiento del sacrificio una vez y por todos.

El pecado, incluyendo la inmoralidad sexual, es humano. Pablo dice que es tan común al hombre como las quejas o como probar a Cristo. Es triste que tantos padres hayan renegado de sus propios hijos o hayan cortado todo contacto con ellos basados en algo que es común al hombre. Pablo no dice que debemos aceptar el pecado. Al contrario, su advertencia está basada en la ira de Dios sobre el pecado. Pero no perdamos un punto muy importante: la ira de Dios cae sobre algo que es común a todos los hombres. Aquí, Pablo me está hablando a mí y a usted.

Si tendremos un ambiente en el cual abunde la gracia, debemos entender que el pecado es humano, todo pecado. Tenemos la tendencia a disculpar lo que consideramos pecados pequeños, como las quejas, y transformamos los “pecados grandes”, como el comportamiento homosexual, en monstruos enfurecidos. Podemos involucrarnos en la murmuración y aun así indignarnos ante la atracción hacia el mismo sexo. El pecado como el comportamiento homosexual es considerado uno de los más repugnantes en la iglesia. Esto muchas veces significa que la persona que lucha con la atracción hacia el mismo sexo vive en un ambiente en el cual tiene demasiado temor de buscar ayuda, mientras que alguien que está abiertamente involucrado en la murmuración es ignorado (Santiago 1:6; 3:6-9). Quizás podríamos preguntar cuántas iglesias se han dividido por la homosexualidad en comparación con la murmuración.

El Dr. Kevin Carson trata con algunos puntos muy importantes en un caso de estudio de consejería bíblica sobre un joven que estaba luchando con el pecado de la homosexualidad. Estos son algunos de los comentarios seleccionados para observar a la luz de 1 Corintios 10:13:

Jason esperaba que lo descartara por tener un pecado repugnante. Yo quería que supiera que lo veía como una persona que luchaba como yo y que necesitaba la gracia de Dios para cambiar.

Quería que tuviera esperanza en el hecho de que aunque se sentía quebrantado, no estaba más dañado que los demás. Su pecado no lo relegaba a la periferia o al margen de la humanidad. Más bien, su vivencia era una parte común de la experiencia humana.³

Ver el pecado de esta forma significa ver la homosexualidad en el contexto correcto. El pecado es nuestro problema en común como humanos, y al pensar en este problema, debemos recordar que no hay tentación para la cual Dios no provea la salida. Aquello que es común a todos podemos vencerlo en Cristo.

Pablo erradicó cualquier habilidad de pararnos sobre nuestras plataformas de superioridad. En la misma carta a los corintios, en el capítulo seis, Pablo discute un contexto similar usando el tema del litigio entre creyentes. En los primeros ocho versículos de 1 Corintios 6, Pablo trata con el problema de los creyentes que llevan sus disputas a las cortes mundanas. Aclara que es fracaso moral si un cristiano lleva a otro a juicio. En vez de pleitear en un tribunal, sería mejor sufrir el agravio o ser defraudado. Pero algunos en la iglesia tenían una actitud que se enfocaba en ellos mismos. Esta preocupación por sí mismos por sobre los demás había causado que el nombre de Cristo fuera arrastrado en los tribunales. Todo se complicaba. Pablo señala que ellos mismos habían agraviado y defraudado a otros (1 Corintios 6:8). Quizás muchos de nosotros aún recordamos aquel dicho antiguo que oíamos de nuestras madres: “Cuando señalas con tu dedo a alguien, recuerda que hay otros cuatro que te señalan a ti”. Existe hipocresía cuando un pecador ignora su propio pecado para señalar el pecado de los otros. Es demasiado fácil olvidar lo que Jesús predicó: “¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo?” (Mateo 7:4). Un ejemplo extremo de esta hipocresía no es solo ignorar nuestro propio pecado sino que como cristianos lo hagamos frente a los ojos del mundo.

Más adelante, Pablo nos da una lista de comportamientos pecaminosos que son característicos de los injustos que no heredarán el reino de Dios.

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios (1 Corintios 6:9-10).

A continuación viene un trago amargo: “Y esto erais algunos...” (1 Corintios 6:11).

Una traducción literal de esta declaración diría lo siguiente: “Y algunos de ustedes eran estas cosas (και ταυτα τινες ητε)”. Aunque Pablo dice que la congregación era algunas de estas cosas y no *todas*, no podemos decir que

3 Stuart Scott y Heath Lambert, eds., *Counseling the Hard Cases* (Nashville, TN: Broadman & Holman, 2012), 241-242.

este pasaje de las Escrituras no se aplica a nosotros, aun si el pecado en particular con el cual luchamos no se encuentra en esa lista. Diciendo esto, es muy improbable que cualquier ser humano no haya por lo menos luchado con la avaricia o la codicia. Realmente es probable que la lista de Pablo no excluya a nadie en nuestras congregaciones. Sin embargo, el punto no es considerar el porcentaje de personas de la congregación que ha cometido cualquiera de los pecados de la lista. Aunque solo una persona fuera culpable, el punto es claro.

A medida que avanzamos en el pasaje, vemos que Dios salvó a aquellos que una vez estaban asociados con los vicios de la lista.

Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios (1 Corintios 6:11, énfasis añadido).

Al considerar el contexto de la declaración de Pablo, podríamos decir algo así: Si piensa que tiene algo contra su hermano y que eso le da el derecho de usar toda la justicia que proporciona la ley para recibir resarcimiento, está equivocado. Usted mismo es culpable de hacerle daño a su hermano. Aun más, si piensa que la persona que está llevando a juicio debe recibir su merecido por su pecado contra usted, está equivocado. Cualquiera que haya pecado contra Dios no recibió la justicia merecida cuando fue salvo en Cristo. ¿Qué tal de esos pecados de la lista? Hay hermanos y hermanas cristianos a su alrededor que están en esa lista. Probablemente usted también lo está. Cristo los salvó y ellos han recibido gracia y misericordia. ¿Cristo no debía haberlo hecho? ¿Piensa usted que su posición de superioridad les proporciona a los demás la misericordia y la gracia de Cristo? ¿Piensa que este pecador que está frente a usted está fuera del alcance de la gracia? ¿Y qué tal de aquel que ha sido salvo de un pecado sexual, aun del pecado homosexual? Usted es un hipócrita. Usted también recibió gracia, ¿o se le ha olvidado?

Demasiadas veces este tipo de discurso hipócrita me pertenecía. Aunque nunca oraría así, tenía la actitud del fariseo que oraba diciendo que estaba feliz por no ser como los otros pecadores. En mi hogar, aun frente a mi hijo, a menudo tenía los cuatro dedos apuntándome a mí mientras hablaba de temas como la homosexualidad. Con frecuencia he tenido que recordarme a mí mismo que los cristianos son salvos por gracia. Últimamente tiendo a enojarme con quienes señalan a otros. Aun así, debo recordar que así era yo. Cuando observamos a cualquier individuo, debemos mirarlo a través de estos lentes bíblicos. Esto éramos algunos de nosotros. No hay espacio para dedos que señalan con superioridad. Todos necesitamos a Cristo. Cualquiera de nosotros que haya recibido la gracia de Dios debe estar interesado en buscarla para los demás seres humanos.

Hay también un gran propósito evangelístico en estos versículos, y Charles Spurgeon lo predicó elocuentemente en el año 1882:

Si nadie fuera salvo excepto los mejores, los que nunca han ofendido abiertamente, entonces los criticones nos dirían: “Su religión es muy pobre; sirve para la persona moral, sobria y casta, pero ¿de qué le sirve a un pobre mundo caído donde hay tantos verdaderos pecadores del tipo más vil?” Pero el Señor parece haber dicho: “Extenderé mi mano, y salvaré a algunos de los mayores pecadores, para que a través del tiempo, se sepa que mi evangelio puede llevar a cabo la salvación de todo tipo de pecadores, aun los más degradados. No importa cuán caídos o depravados sean, no pueden haber ido más allá del alcance del evangelio de mi Hijo”. ¿No es éste un hecho glorioso?⁴

Spurgeon también sugiere que esta verdad nos debería impulsar a entablar contacto con las personas con confianza por causa del evangelio:

También estoy seguro de que Dios salva a algunos de estos viles pecadores a propósito para animar a los predicadores del evangelio. Les diré un secreto. Nosotros, los ministros, muchas veces somos un grupo de hombres pusilánimes, y si no tenemos muchos convertidos vamos con lágrimas al Maestro: “¿Quién ha creído nuestro mensaje?” Y cuando lo hacemos, entra alguien que había sido un borracho, o una persona no casta o un ladrón, y oímos lo que Dios ha hecho por él a través de nuestro pobre y débil ministerio, y le damos la mano. Después, él llora y nosotros también, y no sabemos quién es el mayor pecador de los dos, él por su iniquidad abierta o nosotros por nuestra falta de fe.⁵

Deberíamos darle las gracias a Spurgeon por su relato humilde de sí mismo como ministro de la Palabra de Dios. Cuando damos por perdidos a los pecadores por nuestra impresión de su pecado, estamos mostrando falta de fe en el poder transformador del evangelio.

Tenemos una encrucijada delante de nosotros. Podemos señalar y condenar de una manera farisaica y sin fe, o podemos entrar en contacto con personas y proclamar el evangelio con la plena fe de que Dios es capaz de hacer, de manera inmensurable, más de lo que podríamos esperar o imaginar. Esto comienza con nuestra actitud sobre el hecho de que el pecado es común a todos y que la necesidad de todo ser humano es Cristo.

Sí, Algunas Razones lo Dificultan

De todos los temas que la iglesia enfrenta hoy, uno de los más difíciles con el que tenemos que tratar es cómo responder ante el comportamiento homosexual y la atracción hacia el mismo sexo. Se ha vuelto costumbre que

4 C. H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit: Sermons Preached by C. H. Spurgeon*, tomo XLVI (Texas: Pilgrim Publications, 1977), 66.

5 *Ibid.*, 67.

las comedias de televisión promuevan el estilo de vida homosexual. Los debates legislativos son siempre intensos ya que se orientan hacia un sentido falso de aceptación y tolerancia de la homosexualidad y una redefinición del matrimonio. Los campus universitarios están dando prioridad a la enseñanza de aceptación y tolerancia de la diversidad sexual. Aun en las escuelas primarias públicas ese adoctrinamiento está presente.

El Dr. Al Mohler, presidente de Southern Baptist Theological Seminary, ha relatado tales situaciones:

Solo pregúntenles a Rob y Robin Wirthlin, los padres de un alumno de siete años en la escuela primaria Joseph Estabrook, en Massachusetts. El hijo de los Wirthlin volvió a casa hablando sobre una lección de la escuela basada en el libro *King & King*, una parábola sobre el casamiento homosexual. En la historia, el joven príncipe decide que quiere casarse con aquel a quien ama, quien resulta ser otro príncipe. “Mi hijo solo tiene 7 años” comentó esta madre preocupada. “Al presentarles este tipo de temas a una edad tan temprana, están adoctrinando a nuestros hijos. Intencionalmente están presentándolo como normal, y no es un valor que nuestra familia apoye”.⁶

Mohler además declara: “Se les ha enseñado a los niños que no hay familias normales, y que las estructuras de todas las familias son igualmente válidas. A aquellos que piensan de otra manera les falta sensibilidad hacia (ya lo adivinaste) la diversidad familiar”.⁷

No estoy sugiriendo, ni por un minuto, que debemos ignorar la mayor presión cultural que sufren los padres cristianos y sus familias. A medida que nuestros hijos interactúan con una sociedad esencialmente pagana, son influenciados por la cosmovisión de los sistemas paganos, y estos sistemas *son* paganos. Recientemente, el pastor de mi iglesia le recordó a la congregación que hay una gran diferencia entre lo secular y lo pagano. Mientras que la palabra *secular* denota indiferencia y una sociedad que no está atada a una cosmovisión religiosa, la palabra *pagano* denota la búsqueda del hedonismo. Es un alejamiento activo de la verdad cristiana y aun un antagonismo hacia ella. Esta es una descripción mucho más exacta del tipo de cultura a la cual están expuestos nuestros hijos. Uno de los esfuerzos del adoctrinamiento que provienen de esta cultura, especialmente en el mundo occidental, es el de la diversidad sexual. No estaríamos subestimando la situación si dijéramos que la proclamación de este mensaje es *intensa*.

Sin embargo, dentro de esta cultura debemos siempre recordar que hay individuos. Nuestro llamado a entender el pecado como algo común a todos y el poder del evangelio no mengua. Por supuesto, debemos estar conscientes de esta presión y enseñarles a nuestros hijos como es debido. Pero como padres cristianos, necesitamos enseñarles a nuestros hijos lo correcto, lo in-

6 R. Albert Mohler, Jr., *Culture Shift: The Battle for the Moral Heart of America* (Nueva York: Multnomah, 2011), 53-54.

7 *Ibid.*, 54.

correcto y la respuesta bíblica. También debemos vivir esa respuesta frente a ellos.

Cuando Pablo estaba exhortando a Timoteo para que tratara con temas difíciles en la iglesia de Éfeso, le dijo: “Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12). La iglesia de Éfeso vivía en una cultura complicada, al igual que nosotros. Timoteo no debía evitar la instrucción, sino ayudar a la iglesia a permanecer firme en medio del mundo como la luz del evangelio. Tenía que hacerlo, no solo con contenido, sino también con una proclamación y una vida que estuvieron llenas del Espíritu. Pablo además instruyó a Timoteo: “Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren” (1 Timoteo 4:16). Una vez oí a un predicador comentar algo en cuanto a este versículo, diciendo algo así: “Es posible saber qué es lo correcto sin tener la sazón necesaria para ayudar a otros a saber lo que es correcto. Es posible usar la doctrina no como una espada de doble filo sino como un puñal con el cual solo hieres a otras personas”.

La presión cultural nos tienta en gran manera para reaccionar con las armas erróneas. Tenemos una espada de doble filo para que prevalezca la verdad, y al mismo tiempo, somos llamados a evidenciar el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22-26). No somos llamados a dar golpes cortantes con un puñal como para introducir la condenación de nuestro propio juicio en la vida de los otros. Somos llamados a permanecer firmes, pero amables, a rechazar la mala doctrina, y a la vez ser cordiales. Más que nada somos llamados a enfocarnos primordialmente en el evangelio, en todas las cosas para la gloria de Dios a través de nuestro Señor Jesucristo. Somos demasiados los que perdemos el equilibrio. Necesitamos restaurar el equilibrio en nuestras familias y comunidad eclesial si nos vamos a ayudar mutuamente con el pecado sexual y si hemos de alcanzar a una comunidad bombardeada con el adoctrinamiento pagano. Recordemos, no es sorprendente que el mundo sea pecaminoso; sin embargo, es increíble que Dios nos haya dado gracia en la persona y obra de Cristo Jesús.

Creados a Imagen de Dios

¿Alguna vez se le ocurrió pensar que cada ser humano es creado a imagen de Dios? Quizás debemos recordar esta verdad. No hay otra doctrina de las Escrituras que como ésta me motive a mirar al hombre con ojos de respeto. Si tenemos el entendimiento correcto de esta doctrina tendremos una de las herramientas más poderosas necesarias para establecer una ética verdaderamente cristiana. Y esta verdadera ética cristiana es la que más necesitará si su hijo adolescente viene ante usted con sus luchas de pecado.

No somos animales. La cosmovisión evolucionaria de nuestra cultura pagana está en conflicto con este primer punto. Nuestros instintos no evolu-

cionaron de criaturas como los simios. Por otra parte, no somos una colección de moléculas que no tienen ni más ni menos valor que las otras moléculas que forman la presencia material de todo el universo.

Génesis 1:26 declara: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra”. Este pasaje nos dice muy claramente que el hombre y la mujer fueron creados a imagen de Dios y son distintos a toda otra criatura en el relato de la creación. Nosotros, hombre y mujer, somos conocidos como la humanidad. Solo la humanidad puede demostrar los atributos comunes específicos que compartimos con nuestro Creador. Entre otras cosas, podemos amar, razonar, ser responsables, y demostrar gracia, misericordia y justicia. Además, somos increíblemente racionales. En el principio, fuimos creados para reflejar la gloria de nuestro Creador obedeciendo todo lo que nos había dado con el propósito de llevar a cabo nuestra tarea como portadores de su imagen. Tendríamos dominio, llevaríamos fruto y nos multiplicaríamos por toda la tierra; trabajaríamos y cuidaríamos del jardín y obedeceríamos su mandato de no comer del árbol prohibido (Génesis 1–2). La humanidad, como portadora de su imagen creada a la perfección, debía expandir la gloria de Dios en adoración a través de toda la tierra, desde el punto central del jardín del Edén hasta todos los confines de la tierra. El mandato de reflejar la gloria de Dios por todo el mundo es algo que hace eco a lo largo de todas las Escrituras como tema, y no hay otro lugar donde sea más visible que en Mateo 28 en la Gran Comisión de predicar el evangelio a todas las naciones.

De todas las criaturas que Dios creó sobre la tierra, solo el hombre tuvo el honor más alto de ser creado a su imagen. No hay nada ni nadie a quien adorar sino a Dios nuestro Creador. Anthony Hoekema lo dice así: “Dios no quiere que sus criaturas hagan imágenes de él, ya que él ya ha creado una imagen de sí mismo. Una imagen que vive, anda y habla”.⁸

Como portadores de su imagen, fallamos. En los primeros tres capítulos de la Biblia, leemos sobre la rebelión del ser humano. En vez de que la adoración perfecta del Creador se expandiera por un mundo perfecto, ambos, Adán y Eva se rebelaron contra él. Nuestros primeros padres marcaron el camino que seguiría todo ser humano. La humanidad había pasado de ser reflejo de la gloria de Dios a objeto de su ira, y nuestra capacidad de llevar su gloriosa imagen a través del mundo había sufrido un gran golpe que nosotros mismos le dimos.

Cuando David vino para hablar conmigo sobre sus tentaciones en el área de la atracción hacia el mismo sexo, él estaba experimentando Génesis 5:3: “Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su *semejanza*, conforme a su *imagen*, y llamó su nombre Set”. Tal como Adán fue creado a *imagen y semejanza* de Dios, ahora Set nacía a *semejanza y a imagen* de Adán. Creo que

8 Anthony Hoekema, *Created in God's Image* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1986), 67.

hay una comparación increíble entre las palabras de Génesis 5:3 y Génesis 1:26 que, en parte, declara: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra *imagen, conforme a nuestra semejanza*”, pero en Génesis 5:3 los dos términos están invertidos. Adán fue creado a “imagen” y a “semejanza”, mientras que Set nació a “semejanza” e “imagen”. Creo que esta inversión está allí para llevarnos a observar que hay una diferencia. Algo había cambiado en la imagen de Adán a Set. Eso era el pecado. Adán no estaba transfiriendo la imagen perfecta con la cual había sido creado. No, Adán estaba transfiriendo un espíritu rebelde y un corazón pecaminoso. Set iba a ser a imagen de su padre, y esto iba a continuar así, muestra de lo cual era David de pie frente a mí.

Mi hijo es el reflejo del espíritu pecaminoso y rebelde que se encuentra en mí. Su fracaso como portador de la imagen de Dios era igual al mío. Lo heredamos, y seguimos su patrón voluntariamente. Sin embargo, aunque con una posición rebelde, David estaba de pie frente a mí como alguien cuyo valor no lo determinaba su pecado, sino el hecho de que había sido creado a imagen de Dios.

Hay muchos ejemplos en las Escrituras en los que el valor del hombre se determina por el hecho de ser creado a imagen y semejanza de Dios, aun en su estado de corrupción. Podríamos considerar Génesis 9:6, donde dice que quien tome una vida humana (ya sea otro humano o animal) tendrá la pena máxima porque Dios hizo al hombre a su propia imagen. O podríamos considerar Santiago 3:8-9. Al tratar el tema de la lengua, Santiago dice: “pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, *que están hechos a la semejanza de Dios*” (énfasis añadido). En reverencia a su Creador, nadie debiera encontrarnos hablando mal sobre otras personas.

Mi hijo estaba de pie frente a mí. Luchaba con el pecado y era una presa fácil para el adoctrinamiento de nuestra cultura pagana. Sin importar cuál fuera el pecado con el cual estaba tratando, él era un reflejo de mi propia pecaminosidad. Pero él tiene inmenso valor como alguien que fue creado a imagen de Dios. Si mi actitud de superioridad, o mi ira hubieran recaído sobre él, aun solo con mi lengua, yo le hubiera faltado el respeto a nuestro Creador.

David no necesitaba mi ira. Él, como yo, necesitaba un mediador. Necesitaba a alguien que pudiera traer transformación. Aunque todo padre quiere ser esa persona para sus hijos y así limpiarlos, no podemos. Nosotros mismos somos portadores fracasados de la imagen de Dios y, tal como nuestros hijos, nuestra única esperanza está en aquel que nos ha mostrado lo que es llevar la imagen perfecta, y quien ha hecho algo con respecto a nuestra rebelión.

Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los

cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él (Colosenses 1:15-16).

El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder (Hebreos 1:3).

Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:29).

Mi ética humana y cristiana es inmensamente importante como padre. Me dice que todos somos portadores de la imagen de Dios, que hemos fallado y que mi hijo también es un reflejo de mí en su propia rebelión. Me dice que mi hijo, al igual que todo otro ser humano, tiene un enorme valor y que mi Creador debe ser reverenciado en la manera en la que actúo, reacciono y hablo con David. Me dice que tener verdadero amor por mi hijo es ayudarlo a ver la verdad de su pecado y señalarle nuestra única esperanza, Jesucristo. Me dice que nuestra única esperanza está en la cruz, donde quien llevó la perfecta imagen tomó nuestro lugar para que nosotros también fuéramos transformados a su imagen a través del arrepentimiento y la fe. La ética no conoce límites de pecado, ni en estilo ni en magnitud. Esta ética es para todos en todo tiempo y en toda circunstancia, incluyendo a David.

Pensamientos Finales

Mientras estamos en el camino de la consideración de nuestras batallas en el mundo de la confusión sexual, primero debemos librar la batalla de nuestras propias actitudes. Si no tenemos una visión bíblica cuando miramos a nuestros hijos o a cualquier otro ser humano pecador, estamos en un camino peligroso. En este tema, no hay espacio para una actitud de superioridad. Si usted es así (y la posibilidad es que haya muchos lectores en esta posición), le imploro que se coloque de rodillas y busque la gracia y la misericordia de Dios a través de nuestro Señor Jesucristo. Hay tanta esperanza para usted como la hay para cualquier pecador.

El día que mi mundo como padre cambió, tuve un breve momento de oportunidad entre la llamada telefónica con el pastor Peter y mi conversación con David. Por la gracia de Dios, tuve tiempo para evaluar la situación y darme cuenta de que necesitaba abrazar a mi hijo, mostrarle amor, y ser un padre centrado en el evangelio. Elegí aferrarme al evangelio en vez de dictar la ley en mi propio hogar, pero también tenía que arrepentirme por tener un espíritu condenador. Desde nuestra primera conversación sobre esta lucha, David y yo viajamos por el camino de la gracia, lleno de baches de fracaso. Algunos de esos fracasos eran de David, y algunos eran míos. Sin embargo, no ha sido un tiempo para lamentarse. Dios ha usado este viaje para acercarme a él y a mi hijo.

La Perspectiva de David

La primera vez que confesé mi lucha con la homosexualidad a un amigo, no estaba arrepentido por mi pecado, solo lo desaprobaba. Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, pero no sabía a dónde ir o qué pasos tomar para que desapareciera. Le había pedido a Dios tantas veces que quitara mi pecado antes de que me lastimara, pero Dios no funciona así. Mi amigo me aconsejó a tener el coraje de hablar con alguien que me pudiera ayudar, como mi papá. Pero eso era muy difícil, demasiado doloroso, y demasiado peligroso. No sabía exactamente cómo reaccionaría, aunque estaba casi seguro de que me daría una bofetada con la Biblia con el intento de cambiarme.

Por la gracia de Dios, no lo hizo. Mi papá me dio una Biblia y me dijo que me amaba, mientras al mismo tiempo me señalaba la cruz de Jesucristo, quien es mi única esperanza, y la tuya, para tener verdadera libertad de todo pecado. Sabía que la Palabra de Dios transformaría mi vida, por eso no me mostró la Palabra de Dios de tal manera que me permitiera continuar con mi desaprobación del pecado sin tomar ninguna acción. Me alejé de la conversación con mi papá sabiendo que me amaba, sabiendo que Dios me amaba, y sabiendo que no estaba solo en la lucha contra el pecado.

La Perspectiva de Peter

Por la providencia divina, David se lo confesó a un alumno a quien yo había aconsejado y que también había luchado con la atracción hacia el mismo sexo. Él se me acercó poco tiempo después de su conversación con David para que supiera lo que había sucedido, esperando que pudiera ayudarlo. La conversación confirmó las preocupaciones que había tenido con relación a David por algún tiempo. Aunque no estaba preparado para oír lo que oí ese día, solo suspiré. Estaba aliviado por saber que mis sospechas no habían sido infundadas. *Gracias, Señor, oré. Quizás ahora podamos comenzar.*

Mi plan era hablar con David, avisarle que sabía todo, ofrecerle esperanza y ayuda, animarlo a hablar con sus padres, y después esperar que pudiéramos seguir adelante. Aun al escribir ahora, en el papel parece un buen plan. Estaba sentado en el estacionamiento de un supermercado en una tarde lluviosa cuando sonó el teléfono y apareció el número de Steve. Esto me llevó a sospechar que el Señor tal vez tuviera otro plan. Juan 1:14 nos dice que Dios el Padre se gloria en su Hijo quien está “lleno de gracia y de verdad”. Steve conoce la verdad pero la verdad sola no era suficiente. Jesús, el Verbo hecho carne, está lleno de gracia y lleno de verdad. Solo en la unión de ambos encontramos esperanza y ayuda para la gloria de Dios. Teníamos un largo camino por delante. Descansando en su gracia, firmes en su verdad, contesté el teléfono.